

REMITIDOS.

Reminiscencias.

(Conclusión.)

Con motivo de los sucesos del 4 de agosto las filas constitucionales engrosaron considerablemente, y no sólo con gente del pueblo sino que también con personas de mayor importancia. Algunos que hasta entonces habían permanecido neutrales se adhirieron al partido constitucional; y otros del contrario bando, ó se separaron de él con objeto de permanecer neutrales ó resueltos con armas y bagage se trasladaron al otro.

Con esto, los constitucionales dirigidos por personas hábiles, inteligentes y juiciosas, pudieron organizarse de una manera casi perfecta, é inundar, puede decirse, de clubs el país entero, mientras que el otro partido con grandes dificultades podía apenas mal organizar alguno.

Muchos eran los periódicos que en este tiempo circulaban y el mayor número de ellos pertenecía á los constitucionales; debo advertir también, que estos se vendían y aquellos se repartían gratis, y que, las hojas sueltas se sucedían sin interrupción abogando por una ú otra causa.

Los esquivelistas sin querer comprender la situación difícil en que ya se encontraban, porque para esto tuvieron ojos de topó y orejas de mercader, decidieron emprender propagandas por los pueblos, á imitación de sus contrarios; pero estas fueron estériles, y no pudo suceder de otra manera: ya se le había formado al pueblo su conciencia política, y además, los propagandistas, en su mayor parte, eran extranjeros ó personas que carecían de influencia y, para remate, abogaban por una causa que ya estaba maleada.

Por este tiempo Soto que había vuelto á tomar el mando hizo que los desterrados y confinados volvieran á sus hogares y, con esta medida, la calma se restableció un tanto. Para inspirar confianza al pueblo nombró dos Ministros de un bando y dos del otro, pero los del Constitucional ni siquiera tuvieron tiempo de calentar los asientos. Este y otros actos semejantes afirmaron la creencia, que se tenía, de que Soto apoyaba decididamente al señor Esquivel.

El pueblo hacía hermosas y ordenadas manifestaciones en favor de su candidato; y, entre ellas, hubo una dispuesta por el de Cartago que merece especial mención, tanto por lo ordenada que fué, cuanto por la enorme concurrencia que la componía.

Las manifestaciones en favor del señor Esquivel, aunque por lo general entraban en ellas las bandas militares, me parece mejor pasarlas por alto porque, si no lo hiciera, podría herir alguna fibra delicada, y esto no entra en mi propósito al escribir esta ligera reseña, que ya se me vá haciendo larga; pero, si añadiré, que las tributadas al primero eran espontáneas y sinceras demostraciones, y las segundas amigas inseparables de la industria.

Entremos ya en plena batalla electoral: tendré que pasar por alto muchos detalles importantísimos, entre ellos la «ley de reuniones» propuesta por el Ministro de Gobernación, don Tobías Zúñiga, pero no me queda otro remedio, porque si hubiera de ocuparme de todo, punto por punto, necesitaría escribir un libro. Las mesas para recibir los votos fueron organizadas á satisfacción completa de los esquivelistas, pues los individuos que se nombra-

ron para componerlas fueron, casi todos, de su partido y, apenas en alguna que otra figuraba un constitucional, el que necesariamente quedaba en minoría, es decir: sin voto, pues que formando la mesa dos esquivelistas y un constitucional aquellos llevaban voto decisivo por estar en mayoría. Los esquivelistas contando con esta enorme ventaja y con la inteligencia que podía usarse creyeron su triunfo completamente asegurado. Los constitucionales apenas pudieron conseguir, y esto como gracia especial, que se aumentara el número de las mesas y que se les permitiera poner en cada una de ellas un individuo de su partido para que fiscalizara lo que en ellas se iba a hacer. Por supuesto que estos señores Fiscales pasaron las del hilo azul.

La ansiedad durante los tres días que se emplearon en recibir la votación es indescriptible; las noticias contradictorias componían una sucesión interminable, las que hacía circular alguno de los partidos era inmediatamente acusada de falsa por el contrario. Los constitucionales trabajando sin descanso acusaban á los esquivelistas de las mesas de hacerles fraudes y de no querer recibir los votos de sus partidarios y, por desgracia, esos cargos llegaron á justificarse como lo comprueba el haber sido anuladas las elecciones de algunas localidades en las que aparecía ganancioso el partido esquivelista.

Terminada la votación, y aunque los constitucionales tenían seguridad de que habían triunfado legalmente, á pesar de todo, los esquivelistas repartieron innumerables hojas sueltas y fijaron en algunas esquinas cartelones, declarando su triunfo completo, en las urnas, del uno al otro confín de la República. De este error vinieron á despertar los que dormían cuando se publicó en «La Gaceta Oficial» el resultado de las elecciones que acusaba una diferencia enorme en favor de los constitucionales. Los esquivelistas ni con eso quisieron declararse legalmente vencidos y, además, esperaban, y públicamente lo decían, que el señor Rodríguez no subiría á la presidencia; que Soto les entregaría el poder, y que ya con las bayonetas y demás arreos, representantes de la tiranía, fácilmente y por completo dominarían al partido democrático. Tampoco esta vez vieron claro: el pueblo no dormía y estaba al corriente de sus intenciones.

Los esquivelistas entre cuyo número debemos contar los Jefes de los cuarteles, jamás llegaron á suponer que el pueblo se levantara para reclamar con energía el triunfo que algunos querían arrebatarle, y, si esta idea llegó á molestar la atención de alguno, fué desechada por creer ese caso el mas remoto que pudiera ocurrir, y luego, que había un remedio eficazísimo: con solo asomar una ametralladora á la puerta de uno de los cuarteles el pueblo huiría despavorido.

En estas circunstancias el pueblo veía esperando ansioso la hora de ir á reivindicar sus derechos y á hacer efectivo su triunfo, aún á costa de su sangre. Esa hora no se hizo esperar: el 7 de noviembre como á las 5 p. m. cincuenta ó más policiales se echaron á la calle revolver en mano, viviendo al señor Esquivel y á su partido, esto, por supuesto, después del triunfo de los constitucionales y cuando ya toda manifestación, en contra de este partido, era una provocación injustificable. Este hecho, de esa parte de la policía, causó inmediatamente una confusión, imposible de pintar con la pluma: la gente volaba, mas bien que corría, y momentos después

estaban las calles llenas de hombres armados en su mayor parte con machetes. Apenas había transcurrido una hora de esto, y ya los constitucionales habían levantado algunas trincheras y en número de 8000 hombres aproximadamente, sitiaron la ciudad en todas direcciones; y este número crecía á cada instante con los refuerzos que llegaban de las poblaciones vecinas.

Este movimiento simultáneo, y tan rápido, de los constitucionales comprueba lo que he dicho: que estaban bien organizados, y que velaban esperando el momento de entrar en acción.

Cuando la policía armó el alboroto, los esquivelistas unos corrieron á su Club Central, seguramente con la creencia de que todo terminaría pronto y en favor de ellos; y otros que estaban más al corriente de lo que sucedía se fueron á los cuarteles, salvo, por supuesto, á los que más precavidos se quedaron en sus casas.

Los policiales y algunos esquivelistas fueron apresados por las rondas constitucionales y llevados al «Hospicio de Locos» donde permanecieron hasta el día siguiente, que fueron puestos en libertad, sin que ninguno de ellos pudiera quejarse de haber sido maltratado. Este hecho habla muy claro en favor de la moralidad de nuestro pueblo.

De las 7 á las 12 de esa noche hubo tiroteos nutridos en algunos puntos de la ciudad; y, como consecuencia, resultaron seis ó siete muertos y algunos heridos pertenecientes al bando constitucional.

El pueblo sitiador al oír los disparos, ardía en coraje y quería entrar á la población á tomar venganza, haciendo uso de sus machetes, pero dichosamente la prudencia de sus jefes, aunque con alguna dificultad, logró disuadirlos de su intento, y, gracias á esto, pudo evitarse que esa noche hubiera tenido alguna semejanza, en los horrores, con la histórica de San Bartolomé.

La Directiva, ó Estado Mayor, de los constitucionales entabló arreglos con el Gobierno, de lo cual resultó que Soto forzado, tal vez, por la actitud resuelta y amenazadora del pueblo, ó queriendo evitar la efusión de sangre, depositó el mando en manos del Doctor don Carlos Durán, quien por sus ideas y méritos muy conocidos ofrecía entera confianza.

A pesar de eso, el pueblo se sostuvo en el sitio hasta las ocho de la mañana del siguiente día, hora en que los jefes y guarniciones de los cuarteles habían sido cambiados, de igual manera que los policiales, La tranquilidad no volvió á su estado natural, sino hasta cinco ó seis días después de estos acontecimientos.

Cuando todo estuvo completamente tranquilo, don Ascención se embarcó para Guatemala, lo mismo que algunos de sus partidarios, y si lo hicieron fué por su propia voluntad: tan es así, que ya han vuelto al país donde gozan de perfecta tranquilidad, de igual manera que sus compañeros que no quisieron viajar.

El Gobierno actual, está formado por el Dr. Durán, Presidente, y los Licenciados don Alejandro Alvarado y don Ricardo Jiménez, Ministros. Pronto terminará el período constitucional que el Sr. Durán tiene que completar; el 8 de noviembre, día en que subirá al solio presidencial el Licenciado Rodríguez, quien, entre otras buenas ha dicho: «seré fiel observador de la ley» «buscaré los hombres para los destinos y no los destinos para los hombres.» Adiós favoritismo. La generalidad de los costarricenses tiene fe en que el señor Ro-

